

Microrrelatos premiados 2024

Categoría: Ceguera y otras discapacidades

Premiado: Samanta Ramos Gracia “La luz que no se ve”

LA LUZ QUE NO SE VE

—Mira cómo brilla hoy el sol, Gregorio —dijo Elvira desde la ventana, sintiendo el calor en su piel.

Gregorio no miró, permaneció inmóvil en su sillón. Hacía meses que esa era su forma de interactuar con el mundo.

Elvira se acercó a él a tientas, deslizando su bastón por el salón. Todavía no se había acostumbrado a todas las aristas de la casa y tenía varios hematomas que lo avalaban. Tanteó el sillón, se arrodilló hasta donde sus rígidas rodillas le permitieron y comenzó a recorrer con sus manos la cara de su marido. Sus dedos habían aprendido a leer su rostro como si fuera Braille. Las tres líneas entrelazadas junto a su ojo derecho hablaban de sonrisas en su viaje a Canarias. Un profundo surco en el entrecejo contaba el angustioso episodio en el que su hijo se cayó del tobogán y hubo que ponerle cuatro puntos en la ceja. Sus finas manos ascendieron hasta llegar al pliegue vertical de la frente, marca inequívoca de cuando le dieron la noticia de que el glaucoma de su mujer había empeorado y que su mundo iba a apagarse.

Gregorio empezó a balbucear una procesión de palabras irreconocibles.

—Está bien, querido —dijo, sosteniendo su mano.

Él le devolvió el apretón y Elvira rompió a llorar. Permanecieron así varios minutos, aferrados para no perderse del todo, con las manos arrugadas, manchadas por el tiempo y la vida. Elvira no podía ver el sol. Gregorio no recordaba qué era el sol. Ella perdida en su oscuridad. Él perdido en sus tinieblas.

Categoría: África

Premiado: Cristian Molinos Gracia (“La última víctima”)

LA ÚLTIMA VÍCTIMA

En un lugar donde la oscuridad era más oscura y la luz pasaba, pero no llegaba; donde los sueños se veían, pero no se alcanzaban; donde el monte más alto no tenía cima y los árboles crecían por el suelo; sí, ahí estaba mi casa, pero no mi hogar. Mi verdadero hogar fue destruido hace mucho tiempo y todavía conservo ese recuerdo tatuado en mis retinas.

Hoy había sido como cualquier otro día. En el campamento intenté buscar a mi hermana, desde que fue elegida como la favorita del nuevo general apenas la veo. Como siempre, hice las misiones que me mandaron y me felicitaron por mi buen trabajo, el cual nunca llegué a entender. Supongo que ser consciente de las atrocidades que cometía era lo que me diferenciaba del resto de mis compañeros, demasiado drogados como para diferenciar el Sol de la Luna. Mientras realizaba una ronda rutinaria caí al suelo tras un fuerte estruendo, al empezar a notar un pinchazo en mi pierna me di cuenta de que la muerte siempre puede llegar cuando estás luchando una guerra que no es tuya, pero es tu realidad.

Ya no creo que sea inmortal ni un elegido. Lo único que espero es que pase lo que pase pueda reencontrarme con mis padres. Aún recuerdo su decepción mirando a los primeros ojos a los que les dieron la vida y yo mirando a los primeros a los que se la quité. Unos gritos agudos inundan mis oídos, ¿esto es el fin? Seis niños como yo corren hacia mí con machetes en mano. Con esperanza acepto mi muerte, soñando con ser la última víctima.

Categoría: Cooperación

Premiado: María Carmen Canga Fernández (“Túnez”)

TÚNEZ

Acababa de jubilarse, y era el día indicado para empezar una nueva vida en tierras africanas.

Era la forma de realizar lo que había soñado, ayudar a los demás.

Era libre para elegir su camino, aunque con una edad avanzada, nada le impedía ser lo que realmente había soñado durante años.

Solo el tiempo, trunció sus sueños, ella no pudo más y su corazón dijo que no quería seguir latiendo, a pesar de todo, ella se fue a volar alto y él volvió a continuar la labor que ambos habían empezado tiempo atrás.

Siguió llevando la sonrisa que nunca le falta, el calor de sus palabras a los más solitarios, el pan para aquellos que no tienen nada, la enseñanza, para darles un futuro mejor, la calma, para escuchar las peripecias que le cuentan cada día, el amor verdadero de darse y no esperar nada a cambio.

Sabe que no está solo, ella sigue estando con él, y le da fuerza para levantarse y seguir trabajando. Su familia sigue aquí en España, esperando a cuidarlo cuando la edad no le permita seguir con su labor, le visitan, le ayudan a recabar fondos, le dan todo lo que aquí ya no necesitan, y le animan a seguir construyendo su sueño, que poco a poco se hace realidad.

Quizá pensemos que tampoco es para tanto, al fin y al cabo Túnez no está mal del todo, pero la valentía de dejar tu casa, tu familia y emprender un nuevo camino, cuando ya has llegado a la vejez, no todos lo haríamos, sino que pensaríamos, en Túnez como destino para un viaje de placer, para celebrar la ansiada jubilación.